

trina, no han menester argumentos para convencerlos a lo que quisieren hacer de ellos» [p. 39]. Motivo, pues, que Garcilaso irá repitiendo todavía muchas veces en el resto de su historia en contextos que contienen referencias al comportamiento opuesto, a este respecto, de los españoles, como ya se ha visto.

En el pasaje citado, el primero en el que el autor habla del «fingimiento» de los Incas, este pretexto se presenta como un medio útil por el cual estos reyes adquirieron con los indios la autoridad necesaria para hacerles aceptar su «enseñanza y doctrina». Pero, en el transcurso de su historia, Garcilaso hace notar repetidas veces que los Incas solían abusar, para fines propios, de la fama que tenían de ser hijos del Sol, revestidos de la misión divina de «sacar los hombres de la vida ferina que tenían». El autor afirma: «sustentando esta opinión, tomaron por principal blasón el *reducir los indios a su imperio, encubriendo su ambición con decir que lo mandaba el Sol*» [p. 68].

¿Qué es lo que incitaba a Garcilaso a restar valor a la obra civilizadora de los Incas, zahiriéndola como estando fundada en disimuladas ambiciones dinásticas de imperio universal? ¿Y hasta qué grado ha incorporado en el conjunto de su historia la actitud crítica, el distanciamiento que adopta aquí ante la materia de su historia?

En primer lugar, hay que señalar que historiadores como Las Casas y Acosta hablan igualmente del fingimiento de los Incas (16). La tesis de ambos historiadores es que «lo natural sirve de preparación al Evangelio», tesis que Garcilaso, al comienzo de los *Comentarios*, también hace suya. Los esfuerzos realizados por las civilizaciones prehispánicas por levantar a los indios a un plano más elevado de vida son así integrados retrospectivamente en la gran empresa evangelizadora de España. Por tanto, esta idea religiosa, generalmente aceptada en su tiempo, forzó a Garcilaso a adoptar este punto de vista.

Sin embargo, también es posible enfocar desde un ángulo muy distinto la censura de las intenciones dudosas de los reyes Inca que encontramos en la obra garcilasiana. El análisis del juego de las asociaciones de ideas y representaciones en conexión con el cuadro de referencias de nuestro autor pone al descubierto el hecho irrefutable de que el verdadero objeto de su censura no son los reyes Inca, sino los españoles. Para esta aseveración podemos aducir pruebas terminantes.

Ya hemos establecido relaciones asociativas entre los intentos de resistencia india contra la conquista española (*Historia de la Florida*) y los dirigidos contra la dominación incaica (*Comentarios*). Los motivos que los indios dan para estos intentos de resistencia contra el domi-

(16) ACOSTA: Ver B. A. E., t. 73, p. 199. LAS CASAS: Ver B. A. E., t. 106, p. 398.

nador español (*La Florida*) e incaico (*Comentarios*) son, en el fondo, idénticos. Luego se ha puesto de relieve que estas mismas imputaciones de los indios contra el invasor extraño integran igualmente la actitud crítica de Garcilaso respecto a la dominación de los reyes Incas. El problema, una vez enfocado así, no deja la menor duda acerca de la interpretación que se ha de dar a un pasaje como el siguiente: «porque el principal blasón de que aquellos Incas se preciaban y el velo con que cubrían su ambición por aumentar su imperio era decir que les movía el celo de sacar los indios de las inhumanidades y bestialidades en que vivían y reducirlos a vida moral y política y al conocimiento y adoración de su padre el Sol, que ellos predicaban por dios» [p. 291]. Pues este mismo argumento, repetido innumerables veces en los cronistas españoles, de «sacar los indios de las inhumanidades y bestialidades en que vivían» era elemento esencial en la justificación de la conquista española.

Una prueba menos directa, pero por eso no menos concluyente, reside en el hecho de que la actitud crítica de Garcilaso ante los Incas no halla cabida en la lógica interna de su obra; no está en armonía, no está corporizada en su visión de la obra civilizadora de los Incas. Según el testimonio de los *Comentarios*, las finalidades de los reyes Incas quedan realizadas enteramente, a pesar de los bajos motivos de egoísmo dinástico que el autor les atribuye de vez en cuando. En el sistema de gobierno incaico, el poder político y el religioso están estrechamente unidos, y los efectos del equilibrio armónico entre estas dos fuerzas son experimentados por los indios como beneficiosos. No hay ningún indicio en los *Comentarios* de que los indios se resintieran de una preponderancia del elemento político en el gobierno incaico ni que los Incas hubieran faltado jamás a las exigencias procedentes del poder religioso que el Sol les había confiado; ningún indicio, salvo una docena de pasajes en los que Garcilaso fustiga el abuso de los Incas. Pero ya se ha visto cómo éstos han de ser interpretados. Y cierto es que esta manera disimulada, torcida, de censurar abusos y contradicciones que por vía de la religión se infiltraban en la trama del vivir hispánico de aquel tiempo no tiene nada que pueda sorprender a los que estén algo familiarizados con lo que los sociólogos llaman «el comportamiento institucionalizado» en la sociedad española del Siglo de Oro. A este respecto, nos permitimos remitir al lector a la interpretación que hemos dado a las protestas contra el imperativo del honor y el juego caprichoso entre el honor-opinión y el honor-virtud en la *Comedia Nueva* (17).

(17) Ver *ob. cit.*, pp. 104-168, 202-212.

Lo que sí ofrece dificultad es creer en la insinceridad de las convicciones religiosas de Garcilaso. Pero no parece que se haya de ir hasta tal extremo. Todo lo que se puede sacar de los datos inmediatos de su obra histórica es que Garcilaso, a través de su censura de la insinceridad fundamental con que los Incas impusieron su doctrina a los indios, criticaba la manera de que los españoles pusieron por obra su conquista del Nuevo Mundo; es decir, que bajo la apariencia de la religión, dieron rienda suelta a sus ansias de oro, de tierra, de riquezas materiales. Pues bien, esta opinión ya había perdido en tiempo de Garcilaso casi por completo su acento de novedad revolucionaria desde las publicaciones y polémicas no sólo de Las Casas, sino también de historiadores como Acosta, Cieza de León, Gómara e incluso Oviedo, cronista tan duro a veces para con los indios.

Las razones por las cuales Garcilaso ha encubierto sus ideas con los velos de la transposición son manifiestas: era un retoño de sangres mezcladas, y por ello, un observador marginal, retirado en el refugio seguro que, como hemos visto, se había acomodado, lejos de los bullicios del mundo y fuera del alcance de las peligrosas fricciones entre Cristianos Viejos y Nuevos. No cabe duda que, desde esta postura, no le era permitido criticar la empresa española en el Nuevo Mundo ni los valores normativos que regían la sociedad española de su segunda patria.

III. SEGUNDA PARTE DE LOS «COMENTARIOS»: UNA CONQUISTA MALOGRADA

No hay nada más significativo para la visión trágica de Garcilaso sobre el destino del pueblo indio del Perú que la comparación de la situación «histórica» en la que se encontraba a la llegada de los españoles en 1531 y la que describe en *la segunda parte de los «Comentarios»*, bajo el virreinato de Francisco de Toledo (1569-1581).

Como resultado final de la obra civilizadora de los reyes Inca, vemos a un pueblo próspero que, en una sumisión afectuosa a su príncipe, a quien llama «amador y bienhechor de pobres», goza de los frutos pacíficos de un gobierno ordenado y estable.

Al final de la *segunda parte* es como si un torbellino de viento hubiera pasado por aquel escenario apacible: los reyes Inca, muertos cruelmente en la picota de la infamia, han dejado huérfanos a sus indios, a merced de los nuevos conquistadores, quienes, sobre sus cervices dobladas, deciden por las armas sus rivalidades intestinas. La nueva raza, brotada de la unión entre las antiguas Pallas y los nuevos dominadores, que pensaba poder sacar redoblados títulos de honor

y señorio de esta mezcla de glorias antiguas y nuevas, es echada fuera de su patria, esparcida por el nuevo y el viejo mundo en el exilio, la soledad, la nostalgia. Y los indios que quedaban, «lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república» [p. 26].

En esta *segunda parte de los «Comentarios»* se diría que se asiste a una *Umwertung aller Werte*, una inversión de todos los valores: los vínculos de la lealtad, de la fe dada, del orden, se han deshecho bajo la acción disolvente de la traición, inseguridad, anarquía. Entre los muchos rasgos negativos de la conquista española, tales como están descritos en esta parte de los *Comentarios*, no hay ninguno que no encuentre su contraparte positiva en la historia del reino incaico. Todos los elementos que en la *primera parte* han concurrido en la creación del estado modelo de los Incas, resultan estar provistos de una finalidad retroefectiva inesperada en esta *segunda parte*.

El objeto perseguido por Garcilaso en esta *segunda parte* no es contestar circunstancialmente la legitimidad de la conquista de los españoles. Desde la *primera parte*, su llegada ha sido anunciada repetidamente. Los Incas han recomendado a sus súbditos que obedezcan a los nuevos dominadores, porque su doctrina sería mejor que la de los Incas. La rápida victoria que los españoles alcanzaron sobre los indios se debe al mandato de Huayna Capac, último rey Inca: que los indios no ofreciesen resistencia, sino que se sometiesen al nuevo conquistador. Como siempre, Garcilaso expresa esta idea veladamente. Sin embargo, lo que se hace patente en esta *segunda parte* es un cambio de tono. A medida que adelanta en su historia de la conquista española del Perú manifiesta con más libertad sus ideas y opiniones. El tono cuasi bíblico que ha usado para describir el buen gobierno de los Incas en la *primera parte* desaparece ahora que pisa el terreno de una experiencia vivida, de una realidad concreta. Apartando ahora la vista del panorama de ensueño incaico por el que se trazaron los movimientos armónicos de la conquista india, vuelve ahora los ojos a su tierra natal, sacudida por sangrientas luchas y regada por las corrientes mezcladas de sangre india y española. En el ocaso de su vida, Garcilaso vuelve a tomar el camino que le lleva al escenario de su juventud pasada, punto de partida de una existencia que pudiera haber sido brillante si el rumbo vacilante de la historia de su patria se hubiese torcido en otra dirección, a un momento preciso del pasado. A este punto retorna Garcilaso en la *segunda parte de los «Comentarios»*, porque en esta encrucijada de posibilidades históricas hay una de la que en toda su vida no se han apartado sus pensamientos nostálgicos. Esto, que no pasó de ser más que potencialidad de un momento histórico, esperanza efímera, va a ser revivido ahora